

anhela sobre todo paz y moralidad, respeto y acatamiento á las creencias venerandas que profesa, y fomento y desarrollo de las fuerzas productoras de la Nación.

Y si como españoles defendemos estos principios y sustentamos estos ideales, con mayor razón, si cabe, habremos de defenderlos y sustentarlos como vascongados. El buen sentido, macizo y segurísimo, ingénito en nuestra raza, no se ha pagado nunca de brillantes oratorias, ni se ha dejado seducir jamás por utopías al parecer halagüeñas, pero que, aplicadas sin suficiente estudio á la gobernación de los pueblos, han dejado tras de sí un reguero de lágrimas y sangre. El acatamiento á los poderes legítimos no ha sido óbice para que el pueblo euskaro haya sido uno de los pueblos más libres y envidiosos de la tierra. Por el contrario, el eclipse que su libertad y bienestar sufrieron en la Edad-Media con motivo de aquellas infaustas y execrables luchas de oñacinos y gamboinos, acabó merced á la unión estrecha y sincerísima del pueblo y la Monarquía. Aquella unión poderosa puso á raya á los terribles banderizos que habían assolado al país, y convirtió en campo perenne de discordia.

Esas enseñanzas no deben olvidarse jamás. Por algo las guarda, con amor, en sus páginas la historia. Viene á ser ésta como cuadro patológico de la humanidad, donde se enumeran las enfermedades que ha padecido, los síntomas que presentaba cada una de ellas y los medios que han servido para curarlas.

Fieles nosotros á lo que la historia vascongada, nos exige venimos dispuestos á sostener, con toda la decisión de que somos capaces, la causa que indicamos. Al proceder de esta manera, reanudamos la tradición de nuestras antiquísimas y memorables Juntas forales, las cuales se reunían anualmente para tratar y resolver acerca de las cosas tocantes al servicio de ambas Majestades.

LA UNIÓN FORAL

Ahora que se van apagando los gritos y el estruendo de las recientes luchas, que han venido á arrojar nuevos combustibles al incendio levantado por las pasiones políticas; los hombres de LA UNIÓN VASCONGADA, fieles al lema que ostenta su bandera, quieren enviar la voz de paz y concordia á sus hermanos de todos los partidos, no con la pretensión de que nadie abdique los principios políticos á que se halle consagrado, sino con el único fin de pedirles en aras de esta noble tierra, que todos amamos por igual, que subordinando intereses que deben ser secundarios á la causa suprema del país, apartemos un tanto las miradas de la candente lucha en que consumimos lastimosamente nuestras fuerzas, para salvar, con el común esfuerzo, del naufragio que le amonaza, el sagrado depósito de las libertades euskaras, que nos dejaron las generaciones pasadas.

¿Sería imposible conseguirlo? Difícil sí; pero imposible no, á querer inspirarnos en los grandes ejemplos de verdadero patriotismo que nos dieron nuestros padres. Es de toda evidencia, que nuestras discordias, y nada más que nuestras discordias dieron muerte á nuestros Fueros; así, pues, nuestra concordia, y solo nuestra concordia, tendría virtud para restaurarlos más ó menos pronto; y no tardaría en ser un hecho esa salvadora unión, si los vascongados dieran al bien de la patria euskara, la preferencia á que les obligan su historia, sus tradiciones y hasta los estímulos del propio interés.

Bien se me alcanzan las graves dificultades que eso ofrece, porque las heridas que nuestras luchas han abierto brotan sangre todavía, el amor propio y el orgullo herididos levantan aún vapores de rencor y de odio, y el fuego del fanatismo político abraza la sangre en nuestras venas y oprime con garras de hierro el corazón.... y, sin embargo, no hay remedio! O tenemos que hacer el horrendo sacrificio de todo eso que en muchos constituye una nueva naturaleza, ó hemos de entregar conscientemente de pasto á la voracidad de nuestras pasiones, las glorias de nuestra raza, el arca santa de nuestras libertades y el porvenir de nuestros hijos.

Porque es inútil hacerse ilusiones. ¡Los dioses se van! Y si no variamos de rumbo, antes de veinte años el demonio de la *Discordia* que escribió sobre la frente de la heroica nación el pavoroso estigma de *Finis Poloniae*, levantará sobre las cumbres de nuestras montañas el negro estandarte de muerte con el de *Finis Vasconiae*! Y entonces los carlistas podrán enorgullecerse de haber sido muy leales y consecuentes carlistas, y los liberales de haber sido muy ardientes liberales, todo menos buenos vascongados, porque habrán sido desleales y traidores á su patria, y los hijos degenerados de aquellos heroicos Cantabros que preferían ser crucificados á someterse al yugo del omnipotente Octavio, serán siervos de cualquier Ministro de la Gobernación que nos salga al paso.

¡Qué diferencia de aquellos tiempos en los nobles vizcainos en junta ante su señor, á quien juraron fidelidad, le decían porque quería vulnerar sus Fueros—Nos non podemos levantarnos contra Vos por nuestros juramentos; pero hombres libres de una tierra libre, iremos todos á buscar tierras libres donde vivir con libertad!—Y vivieron, porque el tirano cedió!

Pero entremos resueltamente en el fondo de la cuestión para ver si es práctica esta unión.

No se olvide que las grandes causas exigen siempre grandes sacrificios, y que si la tan suspirada unión ha de ser un hecho, es indispensable que los vascongados ahoguen en aras de la concordia, toda causa de división, y como los odios que engendran las luchas de partido, son los que encienden y fomentan nuestras divisiones, es indispensable que aquí, dentro del país, se ahoguen resueltamente esas luchas, sin que se pretenda por eso que se proscriban las opiniones políticas, sino que se moderen sus efectos, teniendo siempre presente, que si en el resto de la Península lo principal es la política general; y es por lo tanto natural consagrarse á ella preferentemente, aquí dentro lo esencial ha de ser siempre la causa foral, y tiene derecho á exigir de nosotros que sacrifiquemos á ella toda otra consideración; quiere decirse, que si esa idea salvadora ha de realizarse, es necesario que todo vascongado, ya monárquico, ya republicano, sea ante todo y sobre todo buen fuerista; y no lo será quien no piense, y sienta, y obre así!

Y no es tan solo por deber como debemos obrar de tal modo, ya que nuestra primera patria es ésta, sino hasta por cuestión de conveniencia, puesto que nosotros por la exigüidad de nuestro número y por otras causas, no podemos influir decisivamente en los destinos del resto de la Nación á favor de esta ó de la otra política, ó de una ú otra dinastía, y en cambio, unidos dentro de nuestras fronteras, en pensamiento y acción, respetuosos con la Ley, pero firmes en nuestro derecho, hubiéramos evitado, solo con tal actitud, que se pusiera mano en nuestras libertades, y aun conseguiríamos poco á poco que los poderes del Estado hicieran justicia á nuestros derechos.

¿Y no es una verdadera locura que pudiendo ser dueños de nuestros destinos y constituir un pueblo independiente dentro de la madre patria, nos empeñemos quijotesamente, en meternos á redentores de nuestros hermanos de allende el Ebro, donde nunca podremos ser más que un grano de arena perdido entre sus médanos?

Y para ello, según antes hemos dicho, no es necesario que los vascongados renuncien á defender y propagar sus respectivas opiniones políticas, sino que eviten esas

luchas sañudas que traen necesariamente consigo odios y rencores entre hermanos, y sobre todo, que por ninguna causa ni motivo, tomen nuestras representaciones forales ningún carácter político, sino que prescindiendo en absoluto de las ideas que puedan tener sus individuos en particular, acaten y sirvan con igual lealtad los poderes legalmente constituidos, de cualquier color que sean; pues el medio de obtener consideración y benevolencia de todos; como así necesitamos, es observar igual conducta de respetuosa y firme lealtad con todo el que represente la suprema autoridad de la Nación.

Pero concretemos más la cuestión y penetremos en el fondo de las cosas, principiando por los más batalladores. ¿No dicen en todos los tonos los carlistas que sus principios religiosos y políticos, aparte del accidente dinástico, se hallan íntegramente representados en los Fueros, buenos usos y costumbres? Pues abrácese honradamente á esa bandera, que es la gloriosa bandera que ha dado paz y felicidad á nuestros padres, y conságrese exclusivamente á su defensa, al menos dentro de la tierra foral, llevando sus entusiasmos dinásticos á las ciudades y campos de Castilla; puesto que lo esencial y lo preferente para todo buen vascongado, es el viejo Libro de su independencia y de su libertad. Si no lo hacen así, habrá derecho á creer que sus alardes de fueristas son hueca palabrería, ó ardidde políticos de ocasión, puesto que sacrifican al entronizamiento de un hombre, el triunfo y hasta la vida de la causa foral.

De igual modo, si los alfonsinos buscan en el partido que defienden, la armonía del orden con la libertad, la Historia de las instituciones vascas muestra con la experiencia de los siglos, su admirable sabiduría, y su incontrastable solidez; sin que el curso tormentoso de los tiempos, ni las revoluciones y ejemplos de otros estados, hayan manchado su existencia, ó con las vergonzosas tiranías de arriba, ó con los excesos populares de abajo, consiguiendo (caso tal vez único en la historia) entregar en manos de la presente generación, á pesar de las ambiciones de vecinos poderosos, íntegro y (sin mengua de una pulgada su territorio nacional.

Por último, los republicanos que piden á los principios democráticos el gobierno del pueblo por el pueblo y la autonomía regional, no tienen que buscar en constituciones exóticas la realización de su ideal, pues dudo que en nación alguna el elemento popular haya tenido en la gestión de la cosa pública intervención tan directa y eficaz como en este país, obligando todos los años á su primer magistrado, á sufrir residencia de todos sus actos ante la representación popular, y no por medio de intermediarios como los Presidentes de las Repúblicas, sino en persona y frente á frente.

En cuanto al elemento integrista que tan poderosa influencia ejerce en las masas católicas, ni siquiera tiene que renunciar á ninguna afición dinástica, ni á principio político de que carece, para adherirse de lleno á LA UNIÓN, pues el Catolicismo que constituye su escuela, y el regionalismo á que muestra inclinación, son las bases fundamentales del Fuero.

Quiere, pues, decirse que todos los partidos pueden encontrar en nuestro Fuero la aplicación práctica de sus principios, y si alguien por espíritu de escuela quiere hallar alguna contradicción ó antiponía entre sus doctrinas y las del Código foral, ese tal desde el mismo punto deja de ser fuerista, pudiendo con razón repetirsele lo que hace veinte y dos años decía yo á mis amigos, el incomparable polemista, ya finado, Jamar, y el sábio teólogo Menterola, con motivo de una brillantísima polémica en que dejaban malparado al Fuero, por encontrar el uno demasiado cerrado, y el otro demasiado abierto nuestro Código, sobre principios religiosos: «Amigos míos: Ustedes serán muy valiente liberal el uno, y muy intransigente carlista el otro, pero son ustedes malos fueristas; pues el Fuero encierra bastante Religión y libertad para que los vascongados puedan ser, como han sido siempre, muy católicos y muy libres!»

¿Pero habrá quienes aleguen que abolidos ya los Fueros por la Ley de 21 de Julio de 1876, no hay bandera á que acogerse, y solo puede esperarse la restauración del régimen foral por un cambio radical de situación? Mas todo eso no es más que un sueño, porque aparte de la mayor ó menor posibilidad de ese cambio, menos probable cada día, es menester que se persuadan los vascongados de todos los partidos, de que así como es natural y lógico que nosotros amemos y defendamos los Fueros, no es menos natural y lógico que hagan mala sombra á los demás españoles, y que deseen la nivelación, por lo cual es indudable, que lo mismo Reyes absolutos, que constitucionales, así las repúblicas unitarias como federales, sólo transigirán con nuestra particular legislación, mientras no haya riesgo ni peligro en poner mano en ella, pues nunca han de faltar Llorentes en el absolutismo, y Sanchez Silvas entre los liberales, para pedir el «Delenda est Carthago» contra nosotros.

Es preciso desengañarse. Nuestros Fueros se han sostenido siempre por la fuerza que nos daba la unión, no por consideraciones de sentimentalismo, ni de justicia, que rechazan las artes de gobernar; y así solo podríamos recobrarlos paulatinamente, volviendo á nuestra perdida unión, pues un pueblo enérgico y viril como el nuestro que acata y sirve lealmente á la madre patria, pero que pide con moderación, sí, pero con respetuosa entereza lo que es suyo, y eso un día y otro día, y sin flaquear por nada: un pueblo así, llegará á conseguir más tarde ó más temprano, lo que se le debe de justicia, y con más razón en estos momentos de transición, en que la evolución continúa y la lucha incesante entre las antiguas y nuevas ideas debilita los resortes del poder, aconsejándole evitar todo género de conflictos que puedan agravar las dificultades de su transitoria situación.

No es con armas en las montañas, ni en las calles, ni con actitudes de rebeldía como se obtiene la victoria en situaciones como la nuestra, sino con la fuerza moral y la razón, y esta fuerza nos la daría esa bendita unión que anhelamos; y la razón, la cordura y moderación de nuestra conducta.

Hemos hecho las anteriores observaciones, exclusivamente por nuestra cuenta, sobre la parte foral del programa de LA UNIÓN VASCONGADA, y acaso nos ocupemos otro día en demostrar que la coexistencia de distintos partidos no es obstáculo para la concordia sobre política foral, por lo cual nada de lo expuesto se opone á que sobre política general sostengamos los principios de Religión, orden y libertad consignados en dicho programa, y que en nuestro concepto solo pueden realizar su fin pacífica y ordenadamente bajo el augustó cetro de S. M. D. Alfonso XIII, hoy encomendado á los grandes talentos y á las eximias y cristianas virtudes de su excelencia Madre. Tolosa 20 de Febrero de 1891.

Juan V. Araquistáin.

UNA RECTIFICACIÓN

Las injustificadas insinuaciones de *La Voz*, atribuyendo á inspiraciones de LA UNIÓN VASCONGADA la visita de inspección girada á las oficinas municipales, son tanto más merecedoras de una terminante y enérgica rectificación, cuanto que han sido acogidas por quienes, á ven por ajenos ojos y se inclinan á pensar lo que se les manda, ó juzgan á los demás al tenor de sus propias intenciones.

Los hombres de LA UNIÓN, así los que accidentalmente se encontraban en Madrid, como los que han permanecido en ésta—lo decimos en alta voz, y sin temor de que nadie pueda desmentirnos—no han intervenido en el asunto directa ni indirectamente, ni de él han tenido noticia alguna hasta que la prensa local hizo pública la disposición adoptada por el Sr. Gobernador.